

CON MOTIVO DE LA PRESENTACIÓN DEL NÚMERO 9 DE LA REVISTA CANGILÓN, EN EL MUSEO DE LA HUERTA, EL DÍA 22 DE ENERO DE 1995

DISTINGUIDAS autoridades, Sras., Sres., amigos todos:

Permitid que os diga, que el nacimiento de un nuevo número de esta revista, que ya os pertenece, de Cangilón, es siempre motivo de alegría, más aún cuando a su presentación al mundo cultural, asisten personas tan entrañables y estimadas por nosotros.

Como ya se ha comentado, es tradicional que en el acto de su manifestación, sea un personaje ilustre, dedicado al ámbito de la cultura, de nuestras tradiciones y costumbres el que sea vocero de la misma y esto ha sido y lo seguirá siendo como una marca distintiva, como algo específico que hace que Cangilón se distinga de otras expresiones de este tipo.

Esta mañana hemos contado con un pregonero de calidad, con nuestro compañero, gran escritor e investigador de las cosas de nuestra región, Serafín Alonso, cuya vida dedicada a estos menesteres que tanto gratifican, es bien conocida por todos. Hombre atento constantemente a cualquier manifestación cultural murciana, ha escrito sobre todos los aspectos del Serenísimo Reino de Murcia, desde su gastronomía a su toponomía, viajero incansable por su entorno, nada le es ajeno.

Sus bellas palabras y atento comentario sobre Cangilón, de nuevo nos da energías para continuar en esta misión de ir recuperando los viejos valores de esta tierra bendita, pero marcada por la tragedia de una constante climatología a la que se ha de acomodar el huertano de pro, nuestro querido huertano cavadador, que sabe

mirar al cielo y elevar plegarias a su Virgencica en solicitud de ese manjar tan hermoso, como es la lluvia.

Es precisamente ese sentimiento del huertano, del campesino, del hombre de mar, el que buscamos, para entroncarlo con lo más denso de lo que conforma una forma de ser y de expresarse, intentando aglutinar su vocación, su raíz antropológica, el antaño y el hogaño, para finalmente reconocernos y situarnos en la existencia consignando la sabiduría de esta tierra y del hombre que se ha ido adaptando a ella, recibiendo su mensaje y sufriendo y gozando con sus esencias. Precisamente porque se ama aquello que se conoce, nació Cangilón con la única meta de ser fiel a una vocación de huerta y de región, de un paisaje vario y colosal, mosaico adusto y colorista que expone un apretado relieve de gestas y rumores viejos y nuevos, como son los que hemos ido escuchando en los contactos diarios con esta inmensa humanidad que se aísla en las viejas aldeas, en los quietos terrores recios de los secos campos, cerca de los sillares de ampulosos castillos, fieles a su época, en los caseríos de pescadores, junto a las enérgicas torres vigías, donde se esconden pasiones inadvertidas y canciones de piratas, y en todo caso me gusta recoger la pena negra de mi compañero de farol y garganta quemada, que riega su dolor con la canción:

*"Acaba, penita acaba;
acaba ya de una vez,
que con el morir se acaba,
de penar y padecer..."*

Muchas gracias.